

CORREGIR, NO COMBATIR, LA GLOBALIZACIÓN

Ciro Murayama

JOSEPH STIGLITZ,
El malestar en la globalización,
 Barcelona, Paidós, 2002

El malestar en la globalización, el más reciente libro del Premio Nobel de economía de 2002, Joseph Stiglitz, se convirtió desde su aparición en un controvertido texto en el mundo entero. Sin embargo, como suele suceder con las polémicas en distintos campos, pueden surgir más opinadores —a favor o en contra— que lectores, y pueden producirse también alineamientos arquetípicos. Creo que este puede ser el caso pues si bien el título adelanta una severa crítica a la manera particular en la que durante los últimos años se han expandido la interdependencia económica global y cierto tipo de políticas económicas entre las distintas naciones, el libro no es —por ponerlo en los términos en los que, incluso en medios académicos, se ha pretendido reducir el debate sobre el tema—, un alegato «globalifóbico». Esto es, no se trata de un cuestionamiento al flujo e intercambio mundial de factores productivos, bienes y servicios. Al contrario, a mi entender, la enorme validez del libro de Stiglitz consiste en que se hace cargo de la complejidad del fenómeno que estudia y en que renuncia a los clichés con que suelen abordarse las discusiones ya sea por parte del llamado pensamiento único de la derecha o bien desde la crítica ciega contra el mercado. De hecho, uno de los errores frecuentes en la gestión de la globalización ha sido la visión maniquea en que se han planteado las disyuntivas a los países en desarrollo: estatismo o privatización;

autarquía o apertura total al comercio; regulación o liberalización. Pero quizá lo mejor sea desgranar algunos de los argumentos de *El malestar en la globalización* para mostrar a qué tipo de reflexión nos convoca su autor. Presento, entonces, diez breves apuntes que desprendo de la lectura del libro.

1. *Un liberal a favor de la privatización*. Conviene comenzar con este punto: por la tradición académica en la que se ha inscrito desde hace décadas, como expositor de la llamada «nueva economía keynesiana» —vertiente moderada de la escuela neoclásica—, Stiglitz defiende las medidas que incentivan la eficiencia económica, el abaratamiento de costos y de los precios a los que accede el consumidor. Por tanto, es partidario del libre comercio, de las privatizaciones y de las activas políticas de competencia.

Pero lo anterior no implica que nuestro autor pase por alto lo que ha sido objeto de sus investigaciones durante años: que existen fallos de mercado y que el mercado no puede producir bienestar y estabilidad económica duraderos sin la intervención expresa del Estado, cuya misión en buena medida consiste en mitigar o contrarrestar los saldos negativos del mercado.

2. *Las instituciones siempre han sido imprescindibles*. La economía de mercado posee tres ingredientes esenciales: precios, propiedad privada y beneficios que, junto con la competencia, aportan incentivos y coordinan las decisiones económicas. A la par, sin embargo, Stiglitz subraya que las naciones con economías de mercado maduras han edificado durante siglo y medio

marcos legales y reguladores, precisamente como respuesta a los problemas que generó el capitalismo de mercado sin trabas. Así, la construcción institucional para encauzar al mercado tocó temas como la regulación bancaria —tras grandes fracasos de los bancos—, de los títulos —tras estafas a accionistas— y, en general, adecuados registros de la propiedad para permitir la celebración de contratos privados y la existencia de incentivos a la eficiencia. Visto así, la construcción de un auténtico Estado ha sido una constante imprescindible en toda experiencia de desarrollo exitosa. En vez de la dicotomía entre Estado o mercado, la historia tiende a demostrar que el mercado sólo funciona con el Estado.

Análogamente, tras el fracaso económico de los años treinta del siglo pasado, que antecedió a la Segunda Guerra Mundial, fue evidente que la estabilidad económica y política del orbe no podía prescindir de unas instituciones que contuvieran y encauzaran, en el plano supranacional, al mercado. De esa idea, consensada en Bretón Woods en 1944, nacieron el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional.

3. *El Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional han errado su papel.* Los historiadores económicos difícilmente podrían explicarse la reconstrucción europea y el auge conocido como los «años dorados del capitalismo» sin tomar en cuenta la intervención en los mercados a cargo del FMI y el BM.

La misión original del BM se puede explicar bien a partir de su primer nombre: Banco Internacional para la Reconstrucción y el Desarrollo, pues sus tareas se concentraron en financiar los proyectos para aliviar y revertir la devastación bélica. El FMI, por su parte, recibió la encomienda de dirigir la acción colectiva para

lograr la estabilidad económica o, en otras palabras, para atajar los riesgos de una nueva depresión global mediante la concesión de préstamos de corto plazo, inyecciones de liquidez, a los países que eran incapaces de reactivar su demanda agregada con sus propios recursos.

En el FMI se ha dado un giro de 180 grados: desde hace dos décadas, su acción se funda en la idea —contraria al diagnóstico que le dio vida— de que los mercados funcionan bien *per se*, y que en consecuencia la misión institucional debe abocarse a constreñir la proliferación de políticas económicas expansivas; cuando esa regla no es seguida por los países que necesitan de la ayuda del FMI, éste simplemente no aporta dinero. El Banco, por su parte, supeditó la concesión de recursos que le correspondía a la aprobación del Fondo: se activó así un círculo vicioso, pues la recomendación de eliminar deuda y déficit públicos, mientras se cerraban fuentes de financiamiento externo, eliminó no sólo el gasto, sino la inversión necesaria para el crecimiento; fue una condena a permanecer en la recesión. Para Stiglitz, estas dos instituciones imprescindibles en la búsqueda del bienestar global han errado su misión.

4. *Una receta equivocada: misma dosis para todos los pacientes.* Tras la experiencia de la crisis de la deuda en América Latina (donde los países tenían, en común, problemas como inflación en espiral sin control, Estados sin fondos y alta participación estatal en la economía, elevados niveles de protección comercial, baja competencia —además de la pobreza y polarización de la riqueza—), los economistas de los círculos del FMI, el BM y el Tesoro de Estados Unidos, concibieron una serie de políticas «correctas», que luego se conocieron como el «Consenso de Washington», para remediar los desequilibrios ma-

croeconómicos nominales. Estas medidas fueron recomendadas, a lo largo de los años ochenta y noventa, lo mismo para Argentina que para Tailandia o Corea, sin que se reparara en las características de los problemas económicos particulares que en su día afrontó cada nación.

La ausencia de consideraciones acerca de los problemas y contextos específicos de los distintos países en el momento de proceder a la aplicación de las recetas, generó en no pocas ocasiones la agudización de los problemas que se querían resolver, o la creación de nuevos. Stiglitz resume así algunas de las fallas que produjo el seguimiento a ciegas del Consenso de Washington: *a) la liberalización comercial acompañada de altos tipos de interés —a fin de reducir la inflación— fue una receta infalible para la destrucción de empleo; b) la liberalización del mercado financiero no acompañada de un marco regulatorio adecuado resultó en un camino abierto a la inestabilidad económica, que encareció el acceso al crédito para los más necesitados; c) la privatización sin políticas de competencia y vigilancia que impidieran los abusos de los poderes monopólicos terminó con frecuencia en precios al consumo más altos y no más bajos; y d) la austeridad fiscal amén de causar desempleo puede apuntar a una ruptura del contrato social.*

5. *La «globalización hipócrita».* Uno de los agravios más recurrentes y significativos que destaca Stiglitz hacia los países del Tercer Mundo, que les han infringido el FMI y los gobiernos de los países centrales, es la exigencia de que sigan políticas que las economías industrializadas no aplican para sí. Por ejemplo, Estados Unidos es un país que aplaude el libre comercio, pero con mucha frecuencia cuando una nación pobre encuentra una mercancía que puede exportar a Estados Uni-

dos, éstos encuentran vías, atendiendo a las presiones de sus *lobbies* —sindicales, agrícolas o empresariales— para erigir barreras al libre flujo del producto en cuestión (no está en los casos que cita Stiglitz, pero baste recordar el embargo atunero contra México la década anterior).

En un caso más general, en las rondas de la Organización Mundial del Comercio previas a Seattle, se habían atenuado las barreras comerciales frente a bienes industriales, como automóviles y maquinaria, exportados tradicionalmente por países desarrollados. A la par, los negociadores de estos países mantuvieron los subsidios de productos agrícolas y cerraron sus mercados a estos bienes en los que las naciones subdesarrolladas concentran sus ventajas comparativas. El problema no es el liberalismo económico, sino la falta de compromiso con éste por parte de los países poderosos; aquí no hay un exceso, sino un déficit de globalización que vaya sobre las fronteras de los países más fuertes.

La doble vara —que otros países hagan lo que uno no haría en propia casa—, también ocurre con la receta de aplicar políticas fiscales y monetarias restrictivas en una recesión: sólo se aplican y se cumplen en las economías emergentes mientras que, en las centrales, se rebajan los tipos de interés y se relaja el gasto público (así sea en el ramo militar, como ocurre en nuestros días en Estados Unidos).

(Una *nota bene* retomando el tema de la hipocresía: el eurodiputado francés José Bové, bien recibido en el variopinto campamento antiglobalizador como simpatizante de las causas del Tercer Mundo es un activo defensor de la Política Agraria Común (PAC) europea. Gracias a la PAC, ya sea por vías arancelarias o por la modificación relativa de los precios, está cancelada la posibilidad de que los agricultores pobres del mundo, como los africanos y los latinoamericanos, puedan ven-

der sus productos en los países de la UE. Sin duda, el éxito de Bové se debe a la falta de consistencia que afecta a buena parte de la izquierda europea, y a la elementalidad de la también «izquierda» que lo recibe en nuestros países.)

6. *Las decisiones económicas rara vez son «neutrales».* Stiglitz explica que la defensa del libre mercado, de la competencia, se ve mediatizada por los intereses concretos de grupos de poder económico local. Fue el caso de la industria del aluminio en Estados Unidos, cuyos precios estaban a la baja durante la segunda Administración de Clinton, y ello beneficiaba, en buena medida, a los productores rusos. La respuesta norteamericana, orquestada por el entonces secretario del Tesoro, Paul O'Neill, consistió en la formación de un cártel —una red de productores que, como en el caso de la OPEP para el petróleo, controla los precios al fijar las cantidades ofrecidas al mercado. Con ello, el principal productor estadounidense, Alcoa, consiguió amplios beneficios y evitó ser desplazado del mercado por sus competidores rusos. La teoría económica dice que la competencia perfecta es esa situación ideal donde los productores aceptan los precios existentes en el mercado y no pueden alterarlos; los estadounidenses se abocaron a evitar que el libre juego de la oferta y la demanda determinara el precio de equilibrio. Ello, además, se tradujo en una pésima lección para Rusia —puesta a la práctica muy poco tiempo después— en materia de corrupción y contubernio entre Gobierno y grupos de poder económico.

En virtud de que la orientación de las políticas económicas afecten o beneficien a determinados intereses, siempre serán oportunos mecanismos para transparentarlos y hacerlos explícitos.

7. *A los malos alumnos les va mejor.* Stiglitz no pasa por alto uno de los hechos

más notables de la economía mundial: el único país que en las décadas recientes se ha revelado como un gigante capaz de disputar la hegemonía económica de la tríada tradicional —Estados Unidos, Europa y Japón— es China, que ha permanecido al margen de las políticas económicas identificadas con el neoliberalismo. El libro de Stiglitz no pretende ir a fondo en la discusión de las condiciones del desarrollo chino, ni tampoco pasa por alto que hay pendiente una difícil transición democrática, pero detecta una de las claves del éxito chino: el gradualismo de sus reformas económicas, del cual ha carecido como norma el grueso de los países emergentes que se ha precipitado a la crisis. Por ejemplo, las reformas chinas comenzaron en la agricultura con una «privatización parcial» (el paso de la producción comunal al sistema de responsabilidad individual); luego se empeñó en la construcción de una infraestructura institucional; asimismo combinó la llegada de inversión extranjera directa con la supresión, paulatina, de viejas empresas públicas y con ello propició la reasignación intersectorial de la fuerza de trabajo. China, como expone Stiglitz, es poseedora de un récord histórico: en menos de una década, de 1990 a 1997, consiguió la mayor reducción de pobreza, al pasar de 358 millones de pobres a 208.

En el otro extremo, Stiglitz coloca a la experiencia de Rusia. Este país, asesorado cercanamente por el FMI, se empeñó en un rápido viaje hacia el mercado, sin reparar en la construcción de instituciones y menos aún en el cuidado de políticas redistributivas. Los saldos están a la vista: entre 1990 y 1999 la producción industrial rusa cayó casi un 60 % y el PIB un 54 %, una devastación mayor que la causada por la Segunda Guerra Mundial a la Unión Soviética!

Con frecuencia, en las discusiones so-

bre economía, los defensores de determinadas políticas —drásticas, radicales, sin tener en cuenta el contexto, hacia el libre mercado— que suelen conllevar elevados costos sociales, afirman que «no hay otro camino». La evidencia empírica, así como el recuento de Stiglitz, señalan lo contrario.

8. *Un testimonio de primera mano a favor de la transparencia.* Stiglitz, al haber sido jefe de asesores económicos del presidente Clinton y vicepresidente del Banco Mundial, un auténtico *in-sider*, brinda en su libro un testimonio inmejorable acerca de la manera en que trabajan las instituciones económicas internacionales de mayor relevancia, en especial el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional, y cómo éstas aplican sus políticas en países concretos en no pocas ocasiones a contracorriente de la opinión de los Gobiernos nacionales. La llamada de atención sobre el punto no es menor, pues buena parte de los desaciertos en la gestión de la globalización ha sido posible dada la opacidad con que se toman las decisiones en las instituciones *públicas* internacionales, así como la ausencia de mecanismos para la rendición de cuentas.

9. *Hacia la reforma de las instituciones internacionales.* Como consecuencia de la observación del punto anterior, para Stiglitz la reforma de la arquitectura económica internacional comienza —o debe hacerlo— por garantizar la transparencia del trabajo del BM y del FMI pues, finalmente, son sufragadas por los contribuyentes de distintos países. La intención es acotar su margen de discrecionalidad y el poder de los grupos de interés específicos en la toma de decisiones. La luz solar es el mejor antiséptico. Los países deberían conocer las consecuencias de las recomendaciones del FMI; y el Fondo debería de revelar el impacto esperado de sus po-

líticas y programas sobre el desempleo y la pobreza, por ejemplo.

Pero la reforma de las instituciones públicas internacionales también tiene que ver con la manera en que se gobiernan: en la práctica los países centrales dominan el grueso de los 24 votos, que se asignan en función de la aportación de capital, como en una empresa privada; por ello, los países africanos no alcanzan siquiera a tener un lugar, al menos para ser escuchados.

Más allá de las medidas específicas conviene rescatar la idea: tiene que haber cierta noción de *accountability* y, sobre todo, de aplicación de los principios democráticos en la operación de las instituciones económicas internacionales para que éstas recuperen su papel en la promoción de la estabilidad y el desarrollo. Se trata, en suma, de que estas instituciones públicas contengan la influencia de los poderes fácticos en el funcionamiento de la economía global.

Conviene subrayar, además, que en cualquier escenario sensato resulta imprescindible una institución que actúe como prestamista de última instancia —y no sólo con criterios de mercado, sino a pesar o en contra de ellos— frente a desórdenes financieros causados por elementos endógenos o bien exógenos —lo que debería hacer el FMI—, y otra institución —el BM— que provea los recursos que el ahorro interno no produce con el fin de que la carencia vernácula de capital no se vuelva la trampa permanente.

Buena parte del libro de Stiglitz es, entonces, un diagnóstico para resaltar la importancia de una reconstrucción o redefinición institucional pública a nivel global, muy cercana a las ideas que sobre el tema expuso de manera brillante J.M. Keynes hace más de sesenta años.

10. *El objetivo de la conducción de la globalización debe ser la creación de em-*

pleo y la reducción de la pobreza. Junto al cambio en el diseño institucional, hace falta reorientar los objetivos, definir de nueva cuenta las prioridades de la economía. En los últimos veinte años, cuando la meta de las políticas económicas ha sido la contención de la inflación de dos dígitos, pero no el desempleo de dos dígitos, los resultados sociales y económicos han dejado mucho que desear en términos de eficiencia y más aún de equidad. Stiglitz lo expone con precisión: «Tiene que restaurarse un equilibrio: las preocupaciones de los trabajadores y las pequeñas empresas deben equili-

brarse con las preocupaciones de los acreedores; los impactos de las políticas sobre la salida de capital local deben equilibrarse con la atención visiblemente excesiva prestada a los inversores foráneos».

Los problemas que la globalización tal como la conocemos no ha resuelto, o los que ha acentuado, no encontrarán remedio en el libre juego del mercado, sino en un nuevo diseño institucional, al interior de los países y entre ellos. Por eso, una vez más, como descubrieron los economistas clásicos hace más de dos siglos, la economía no puede ser sino economía política.

CAMBIOS EN LA VIOLENCIA

Teresa Martínez Terán

YVES MICHAUD,
Changements dans la violence.
Essai sur la bienveillance
universelle et la peur,
París, Odile Jacob, 2002, 290 pp.

Cambios en la violencia. Ensayo sobre la benevolencia universal y el miedo es un estudio de las transformaciones recientes producidas en la esfera de los hechos, de los sentimientos y de las ideas por los fenómenos de violencia. Más que para saber que pasa en un momento y lugar (eso, la experiencia vivida o sobrevivida se lo ha ido indicando a cada uno), este ensayo se dirige a comprender el sentido general de las tendencias socio-políticas frente al creciente fenómeno de la violencia.

A diferencia de otros libros en los que el autor había venido tratando el tema,¹ este ensayo emprende su análisis crítico

en relación con el pensamiento clásico de la filosofía política y las nuevas tecnologías del poder. Si por un lado su reflexión establece las relaciones entre los hechos, las prácticas y los sentimientos recientes, por el otro deja ver que recrea una tradición filosófica reconocible que fue la que sostuvo las preocupaciones de M. Foucault, sin callar lo que la teoría crítica de Fráncfort ha aportado como método y referencia en el desciframiento ontológico de las relaciones del hombre con la violencia. El subtítulo llama la atención sobre la ambigüedad central de la sociedad moderna que involucra hechos calculados de agresión con el discurso benevolente del orden jurídico y de la paz.

La benevolencia convertida en principio universal es uno de los cambios en la amplia escala del nuevo orden/desorden jurídico mundial donde las amenazas y los hechos han generado miedo, confu-